

APRETADA SÍNTESIS DE UN AUTOR DESPARRAMADO

MAINER BAQUÉ, José-Carlos, *Ramón J. Sender. La búsqueda del héroe*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada («CAI100», 30), 1999, 94 páginas.

José Domingo DUEÑAS LORENTE

No podía faltar en la bien planteada colección «CAI100», que habrá puesto en la calle cuando concluya su andadura cien breves libros de divulgación sobre Aragón, una monografía dedicada a Ramón J. Sender, cumbre de la literatura aragonesa del siglo XX y el autor más universal de los nacidos en Aragón en muchos años.

La colección, dirigida por Guillermo Fatás y Manuel Silva, por estas fechas se acerca al ecuador de su trayectoria y, por ahora, ya ha sacado a la luz volúmenes sobre Marcial, sobre la incursión del Cid en Aragón, los principales botánicos aragoneses, artistas como Pablo Gargallo, Honorio García Condoy o Pablo Serrano, sobre arquitectos como Magdalena, Navarro o García Mercadal, o está a punto de confeccionar una nueva entrega sobre los pensadores regeneracionistas Costa y Mallada. La intención divulgadora —y de ahí la brevedad o el bajo precio de las entregas— y la actualidad en cuanto a sus planteamientos, que integran lo económico, lo cultural, lo antropológico, el conocimiento del patrimonio artístico, etc., diferencian el empeño que comentamos de anteriores deseos de poner al día y de organizar para su difusión las investigaciones sobre Aragón —piénsese en la colección «Aragón», publicada hace veinte años por la Librería General de Zaragoza, o las algo más recientes monografías de Guara.

De acuerdo, pues, con el espíritu editorial que señalamos, José-Carlos Mainer ha entregado a la colección un ensayo que ofrece un difícil equilibrio entre el rigor de los planteamientos y la facilidad de su lectura. En poco menos de cien páginas el profesor de la Universidad de Zaragoza da cuenta de lo fundamental de un autor que publicó más de cien libros, que firmó miles de artículos o que ha merecido, en algo más de treinta años de estudios senderianos, una bibliografía poco menos que

inabarcable. Claro está que Mainer no estrena ahora su dedicación crítica al autor aragonés. En este sentido, los primeros artículos de que tenemos noticia datan de 1966, cuando el ahora catedrático de Zaragoza concluía en Barcelona sus estudios universitarios y comentaba la recién estrenada recuperación editorial del novelista en España, tras casi tres décadas de prohibición de sus libros. En 1965, en efecto, Destino incluía en su catálogo *El bandido adolescente*, con lo que principiaba la segunda etapa en la relación del autor con el público español, una progresiva reconciliación del narrador exiliado con sus lectores naturales que colmó de satisfacciones —entre pequeños sinsabores— al escritor ya maduro.

El proceso de recuperación de Sender conoció un primer hito importante ya en 1966, cuando su *Crónica del Alba* mereció el Premio Ciudad de Barcelona, instaurado en su momento —paradojas del destino— para conmemorar la entrada de las tropas franquistas en la ciudad mediterránea. En 1969 el escritor fue distinguido con el Premio Planeta por *En la vida de Ignacio Morel*, lo que le ocasionó la desaprobación de los más críticos al achantarse a recibir un galardón de las connotaciones que, sobre todo entonces, arrastraba el citado: la fama de que se trataba de un premio amañado y el talante ideológico de la empresa hacían poco menos que incompatibles, a los ojos de aquellos jóvenes lectores que habían idealizado al personaje, la citada distinción y el nombre del autor.

En la primavera de 1974, quien tanto se había resistido a regresar a España mientras viviera Franco decidió, por fin, visitar de nuevo su lugar de origen por si esperar más resultaba demasiado tarde. Lo cierto es que el autor, ya de setenta y tres años y treinta y seis después de traspasar los Pirineos, no reparó demasiado —como todavía recuerda José-Carlos Mainer en su libro— en la compañía elegida para su vuelta y el hecho de que retornara de la mano de la Fundación General Mediterránea, cercana al Opus Dei, o de que eligiera para sus disertaciones temas como la Atlántida u otros de parecida índole le acarrearón severas desaprobaciones entre quienes, en la impaciencia por el fin del franquismo, esperaban una posición política más firme en el escritor de *Imán* o de *Réquiem por un campesino español*. Así, los jóvenes intelectuales de *Andalán*, con José-Carlos Mainer, Eloy Fernández Clemente, María Dolores Albiac o Guillermo Fatás en posiciones destacadas, percibían al autor que regresaba como «manipulado y vigilado», o lo calificaban de «cadáver ambulante» y no podían evitar las comparaciones entre el combativo escritor de los años treinta, al que conocían por la difusión clandestina de algunas de sus obras y con el que hubieran deseado reencontrarse, y el autor de la serie de Nancy, por ejemplo.

En 1976, ya desaparecido el dictador, el escritor visitó España en dos ocasiones y desde entonces y hasta su muerte conoció la progresiva publicación de sus libros prohibidos, la difusión de sus nuevos y numerosos títulos o la colaboración periódica en publicaciones españolas y especialmente aragonesas. Su muerte, en enero de 1982, supuso un acontecimiento de primera plana en los periódicos españoles y desencadenó infinidad de artículos y de glosas laudatorias, pero poco después el es-

critor fue colocado en una especie de «purgatorio crítico» —en feliz expresión de Antón Castro— del que no acaba de ser redimido por la crítica canónica. A Sender se le sigue leyendo y estudiando en los institutos y en las universidades y la bibliografía universitaria sobre su obra aumenta todavía con ritmo apreciable, pero al mismo tiempo permanecen sin reeditarse títulos importantes de los años treinta y el mercado editorial español, los fascículos y revistas literarias, lo mantienen en una poco explicable postergación, arrinconado tal vez en la vitrina de los «clásicos» o tal vez —y esto es lo que nos tememos— en la de los escasamente acordes con la «postmodernidad» más superficial.

En Aragón parecen extremarse estos supuestos. Es aquí, en el Instituto de Estudios Altoaragoneses de Huesca, donde se halla desde hace unos años la mejor biblioteca de Sender y sobre Sender, imprescindible para cualquier estudioso del autor. Pero, al mismo tiempo, una reciente encuesta de calle realizada en Zaragoza venía a concluir tristemente que el gran público ya no sabía quién había sido el novelista de Chalamera. En semejante tesitura, no puede devenir más oportuna la monografía de Mainer, pensada, como decíamos, para el público no especializado al tiempo que recoge un excepcional bagaje de lector cualificado del novelista a lo largo de muchos años o el de experto que ha presenciado durante más de tres décadas la suerte editorial del narrador exiliado, y todo ello sustentado en un detallado conocimiento de la bibliografía más reciente, lo que si resulta requisito obvio para el caso de Mainer no lo es en absoluto para otros trabajos que se publican hoy mismo sobre el novelista.

Y es que de una forma o de otra a José-Carlos Mainer le ha tocado en suerte, más que a ningún otro, aportar la perspectiva del experto sobre el significado y la difusión del escritor altoaragonés en los últimos treinta años, tarea en la que casi desde un principio se ha visto, por otra parte, bien acompañado por algunas plumas certeras e incansables, como las de Francisco Carrasquer y Jesús Vived Mairal. Como decíamos, ya en la segunda mitad de los sesenta y en la década siguiente, Mainer dio cuenta en publicaciones como *Ínsula*, *Camp de l'Arpa* o *Andalán* de las nuevas aportaciones del escritor o de su significación en el contexto de la incipiente recuperación de la obra literaria del exilio. En 1982, tras morir el novelista, compiló el estudioso una antología crítica, *Ramón J. Sender. In memoriam*, todavía referencia inexcusable para los investigadores, donde trazaba además un primer y acertado balance de la contribución del autor recién fallecido y mostraba cómo su controvertida trayectoria ideológica, que en un principio pudo parecer tan peculiar y que le había llevado desde el comunismo militante en los años treinta al anticomunismo visceral de la posguerra mundial y a una suerte de humanismo de base antropológica, seguía al fin el recorrido transitado por otros muchos intelectuales europeos y americanos de su generación, como Malraux, Koestler, Orwell, Howard Fast, etc.

En abril de 1995, Mainer presidió el comité científico del *I Congreso sobre Ramón J. Sender*, celebrado en Huesca y organizado por el Instituto de Estudios Alto-

aragoneses. Allí dictó también la ponencia inaugural, «El héroe cansado: Sender en 1968-1970», que ahora puede leerse junto a las otras aportaciones que propició el encuentro en las actas, cuidadosamente editadas por Juan Carlos Ara y Fermín Gil, *El lugar de Sender* (1997). Y más recientemente también Mainer ha presidido el comité científico del congreso *60 años después. La España exiliada de 1939*, que tuvo lugar a finales del pasado mes de octubre también en Huesca y donde fueron presentadas contribuciones de interés sobre el autor aragonés. El congreso, por otra parte, suponía una de las doce reuniones de expertos que a lo largo de 1999 han tratado de calibrar en diversos lugares de la Península la suerte intelectual y humana del exilio republicano español y que tal vez sirvan para cerrar el ciclo iniciado treinta y tantos años antes en lo que concierne a la incorporación a la historia cultural española de la producción de los transterrados.

Entre medias de lo dicho, José-Carlos Mainer ha dirigido tesis doctorales sobre el autor aragonés o ha publicado numerosos trabajos en los que, entre otras cosas, ha subrayado la tendencia senderiana a confundir o integrar los géneros tradicionales, en la línea de grandes narradores como Baroja o Galdós; o donde ha reivindicado, a contracorriente, la producción última del autor como entreverada de títulos que, si no alcanzan la redondez de obras anteriores, ofrecen numerosos hallazgos ocasionales y representan el caldo de cultivo que mejor contribuye a explicar las diez o doce narraciones de primer orden rubricadas por el novelista. También ha mostrado Mainer en sus trabajos una especial predilección —y en ello redundaba en su libro reciente— por otras páginas un tanto olvidadas del autor o cuando menos no suficientemente celebradas, como la colección de breves ensayos agrupados bajo el título de *Proclamación de la sonrisa* (1934), que conserva mucha de la frescura y el atrevimiento con que apareció en aquella excepcional coyuntura republicana, o la narración colectiva y sin firma titulada «Historia de un día en la vida española» (1935), de la que sin duda Sender no solo fue el promotor sino su principal redactor; o también por algunas obras de última hora que se escapan a las clasificaciones convencionales: por ejemplo, *Monte Odina* (1980), aparecida en la «Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses», que dirigía el propio Mainer, o *Álbum de radiografías secretas* (1982).

Con todo, se entenderá que en el librito de reciente aparición desemboca un bagaje más que abultado de reflexiones y de lecturas y se intuirán algunos de los secretos de sus aciertos, entre los que no es el menor, como ya hemos dicho, el haber sabido encontrar un compromiso entre la amenidad y el rigor. Las páginas de Mainer se inician con una minuciosa contextualización, tanto en su vertiente literaria como científica o cultural, de la época que vio nacer a Sender y en la que este empezó a entender el mundo, de modo que el balance de la contribución global del autor viene acompañado por otro del siglo que concluye, el siglo de Sender, particularmente prolífico —como recuerda Mainer— en conflictos bélicos y singularmente acelerado en cuanto a sus avatares ideológicos, políticos o tecnológicos. Y en confrontación con los mismos se han de leer e interpretar —como paliativo de la per-

plejidad que provocan los propios tiempos— las páginas senderianas, tal y como apunta el profesor Mainer:

Ramón J. Sender —por haber sido periodista, soldado, escritor internacional, viajero obligado o gustoso— mantuvo una aguda conciencia de todos estos cambios. La historia de nuestro siglo se atravesó muchas veces en su camino y pocos, por no decir ninguno, de los autores españoles del siglo XX mostró tan despierta —y, a veces, ingenua y crédula— curiosidad por los avances científicos y paracientíficos [...]. (8-9)

Al final de la obra, unas referencias cronológicas que se extienden entre 1930 y 1969 dan cuenta de la publicación de los principales títulos senderianos en el contexto de la aparición de la mejor literatura mundial del periodo y, por último, una breve «Nota bibliográfica» da noticia de lo más destacado de la bibliografía reciente sobre el autor.

En el grueso del libro el estudioso acude, como señalábamos arriba, a las investigaciones más contrastadas a la hora de trazar el recorrido vital e intelectual del autor, así como a sus propias indagaciones, y sobre todo aporta, como lector avezado, su personal interpretación de muchos —y sin duda de los mejores— volúmenes del escritor. Así, merecen mención especial las páginas dedicadas a *Imán* (1930), donde Sender configuró —según escribe Mainer— «su primer héroe perplejo, víctima de una suerte de saña cósmica pero privilegiado propietario de una aguda conciencia de su lugar, de su relación con el mundo». Y el escueto recorrido por la trayectoria del narrador y periodista de los años treinta da testimonio, no obstante, de lo más granado de aquel joven autor comprometido que mereció el Premio Nacional de Literatura en 1935 por *Mister Witt en el cantón*, o que se vio atraído primero por el anarcosindicalismo y más tarde, hasta el final de la guerra española, por el comunismo y que sin lugar a dudas, entre 1930 y 1938 —desde que publicó su primera novela larga hasta que partió hacia el exilio—, los años «más propiamente suyos», según Mainer, se convirtió en el narrador de mayor valía entre la promoción que empezaba entonces a publicar.

El capítulo dedicado a las «grandes novelas» es un recorrido por el ciclo de mayor madurez, que Mainer localiza en los veinte primeros años del exilio —las décadas de los cuarenta y los cincuenta—, cuando Sender entregó a las prensas los títulos iniciales de su *Crónica del alba*; la conocida serie de nueve novelas, iniciada en 1942; *La esfera* (1947), cuya primera versión había aparecido en 1939 como *Proverbio de la muerte*; *El rey y la reina* (1949); *El verdugo afable* (1952); *Mosén Millán* (1953), más tarde intitulado —como bien se sabe— *Réquiem por un campesino español*; *Los cinco libros de Ariadna* (1957), o *El lugar de un hombre* (1958), que había sido presentada en su primera redacción como *El lugar del hombre* (1939).

En páginas sucesivas se ocupa Mainer de la producción senderiana referida a América, de la que menciona *Mexicayotl*, colección de cuentos de tradición azteca, de 1940, el importante relato *Epitalamio del prieto Trinidad* (1942) o las *Novelas ejemplares de Cíbola* (1961). Recuerda Mainer cómo no deja de ser curioso que los prime-

ros libros del autor surgieran ya de la reflexión sobre la tierra que le acogería después durante más de media vida y que le vio morir. Así, *El problema religioso en México* (1928) —reportaje sobre un conflicto muy de actualidad entonces, las pugnas entre los herederos de la revolución mejicana y la Iglesia católica— o *América antes de Colón* (1930), colección de ensayos de interpretación histórica, pero que no habían aparecido antes en forma de artículos en el diario madrileño *La Libertad* como han sostenido equivocadamente algunos críticos y como recoge todavía el trabajo que glosamos.

Capítulo aparte merece la novela histórica del autor, catalogada con acierto por Mainer como «un sucedáneo de la tragedia». Incluye aquí el investigador sus bien orientadas impresiones de lectura sobre *El verbo se hizo sexo* (1931), reconstrucción de la vida y la personalidad de Teresa de Jesús, en un tiempo en que los estudios teresianos conocían un momento de auge de la mano de Américo Castro, entre otros, y donde tal vez lo menos acertado sea el título, como apunta Mainer, por resultar equívoco y no muy fiel al contenido del libro. Entre otras narraciones de menor mérito, también se ocupa el investigador de la sólida novela *Bizancio* (1956) o de *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964), muy conocida, como recuerda José-Carlos Mainer, por las adaptaciones cinematográficas de Werner Herzog o de Carlos Saura y cuyo protagonista fue creciendo en el magín senderiano desde casi cuarenta años antes, cuando en noviembre de 1927 el joven periodista había reseñado para *El Sol* de Madrid un estudio de Emiliano Jos sobre el singular conquistador. Finalmente, justificada predilección muestra el autor por *Las criaturas saturnianas* (1967), narración de mayor mérito, a su juicio, que la anterior.

Aunque de manera sucinta, no olvida el libro comentado dedicar un apartado a las «incurSIONES» del escritor en la poesía, el teatro o el ensayo. Y se reseñan ahí títulos como *Las imágenes migratorias* (1960), colección de poemas ampliada en *Libro armilar de poesía y memorias bisiestas* (1974), a propósito de los que Mainer incide en la evidente impronta valleinclanesca de la lírica de nuestro novelista; por algo fue el autor de los esperpentos, junto con Baroja, el de mayor ascendencia en el joven escritor, como también señala José-Carlos Mainer. Del teatro senderiano el estudioso menciona *El secreto* (1935), *El diantre* (1958), *Don Juan en la mancebía* (1968) o *Donde crece la marihuana* y *Los antofagastas* (ambas de 1969), aunque apunta que no menos significativo, en este sentido, es lo que en otro lugar había llamado «la tentación escénica» del novelista; esto es, la consideración del teatro —según escribe ahora— como «tentación organizativa que asalta muchas novelas senderianas», como *Los laureles de Anselmo* o *Jubileo en el zócalo*, entre otras. Estimable fue también, a juicio de Mainer y al nuestro, la labor ensayística de quien ejerció durante bastantes años como profesor universitario de literatura española, fruto de lo cual es su libro *Examen de ingenios (los noventayochos)*, de 1961, lleno de apreciaciones de interés sobre los escritores de la promoción finisecular. Dentro de este género, que Sender cultivó con consumada habilidad y en el que pactaba con el público con la pericia de quien pensó tantas páginas para los periódicos, destaca Mainer *Nocturno de los 14* (1969), di-

sertaciones sobre otros tantos suicidas a los que había tratado el autor; también, *Ensayos del otro mundo* (1970) o *Monte Odina* (1980), singular muestra de la indefinición genérica de que gustaba el Sender maduro, o *Álbum de radiografías secretas* (1982). Alude asimismo Mainer a la prolongada vinculación del escritor con ALA (*American Literary Agency*), la agencia de distribución periodística fundada y dirigida por Joaquín Maurín, o a la publicación asidua durante sus últimos años en los rotativos aragoneses, en particular *Heraldo de Aragón*, que luego recopiló los escritos senderianos en *Solunar y lucernario aragonés* (1978) y *Segundo solunar y lucernario* (1981).

Las últimas páginas del volumen están dedicadas a la crónica de la recuperación editorial del autor o a sus visitas de 1974 y 1976, circunstancias que, como anotábamos arriba, Mainer vivió ya como estudioso de la literatura, o a consideraciones de intención compiladora, como la que sirve de remate al libro:

Sender creyó durante toda su vida en una literatura basada en la sinceridad poética, el compromiso personal y el arrojo del pensamiento. Y se supo fundamentalmente hombre de su tiempo, aunque casi siempre vivió a contrapelo de él: fue un prototípico escritor de los años treinta —años amargos pero esperanzados, los más propiamente suyos— que sobrevivió a los años cuarenta y a los cincuenta bajo el peso de la culpa existencial y del recuerdo del pasado, y a los años sesenta y setenta a vueltas con su más rotunda discrepancia ante un mundo trivial, automatizado y ruidoso. Buscó siempre una nueva forma de heroísmo: quizá la única posible era seguir escribiendo. Y lo hizo. (88)

Mucho es, pues, lo que ofrecen estas cuidadas, densas y bien ilustradas páginas. No cabe duda de que el trabajo de José-Carlos Mainer pondrá orden dentro de la desigual y abundantísima bibliografía sobre el escritor, en el sentido en que ha de contribuir —pensamos— a reorientar y encauzar las apreciaciones de la crítica. Por ello no hubiesen estado de más algunas reflexiones del profesor zaragozano acerca de la escasa consideración que merece la obra senderiana para la crítica al uso —salvando honrosas excepciones— desde poco después de la muerte del escritor. Y decimos esto, sobre todo, porque la percepción de Mainer al respecto arrojaría sin duda luz sobre un problema que tiende, por lo que parece, a perdurar, empujado ya por su propia inercia. Claro que noventa y cuatro páginas difícilmente pueden dar más de sí. Ojalá, por último, que también sirva el libro para que el lector medio reoriente su mirada hacia el mejor escritor aragonés del siglo XX; sin duda el viaje no será en balde.